

puestos ni los empleos, sino para que miremos con ojos cristianos los títulos y los honores, y para que dirijamos al rey del cielo (que todo lo ve, y que nos admitirá en cuenta los menores cuidados) los servicios que hacemos á los reyes de la tierra, que muchas veces no pueden verlos, ni podrian recompensarlos.

Pero aun cuando vuestra felicidad igualase vuestras esperanzas, y aun cuando los errores agradables y los sueños con que ha endormecido vuestros sentidos, se realizasen; aun cuando por alguna de aquellas casualidades, que tanta parte tienen siempre en la fortuna de las armas, os viéseis elevados á empleos, que ni aun os hubiéseis atrevido á aspirar, y cuando nada os quedase ya que desear en línea de pretensiones humanas; ¿que son las felicidades de este mundo, cual su fragilidad y cuan corta su duracion? Que se han hecho los nombres ilustres de aquellos que en otro tiempo representaron un papel tan brillante en el universo? Aparecieron por un solo instante, y desaparecieron

para siempre de la vista de los mortales. Se sabe lo que fueron durante el corto período de su esplendor; ¿pero quien sabe lo que son en la region eterna de los muertos? Las quimeras de la gloria y de la inmortalidad de nada sirven allí; porque el Dios vengador que desde lo alto de su tribunal pesa las acciones y sabe lo que merecen, no juzga por lo que nosotros decimos ni por lo que pensamos de ellos aquí abajo; y todas las grandes acciones que tanto honran su memoria y enriquecen nuestros anales, son quizá los principales motivos de su condenacion, y los hechos mas vergonzosos de su alma, á los ojos de Dios.

¡Ay! Señores, ¿que son los hombres en el mundo? Unos personajes de comedia, porque todo es aparente y falso, y por todas partes no hay mas que representaciones; de manera que cuanto se ve en ellas de mas pomposo y fundado, solo es el asunto de una escena; ¿y quien no lo dice asi todos los dias en la tierra? Una fatal revolucion, un torrente que nada detiene, arrastrándolo todo tras sí á los abismos de la eterni-

dad, los siglos, las generaciones, los imperios, todo camina á sepultarse en aquella profundidad, donde todo entra y nada sale; nuestros antecesores nos han abierto el camino, y nosotros no tardaremos en seguirles abriéndoselo á nuestros descendientes; y de este modo se renuevan las edades, el mundo cambia continuamente de semblante, los muertos y los vivos se suceden y reemplazan sin cesar; nada es permanente, todo se usa y todo se acaba. Solo Dios es siempre el mismo, y sus años no tienen término: por su presencia pasa el torrente de las edades y de los siglos; y su vista se fija con venganza y furor sobre los débiles mortales, al mismo tiempo que arrastrados por su carrera fatal, le insultan al paso, aprovechándose de aquel único momento para deshonrar su nombre, y caer al salir de allí en las manos de su ira y de su justicia.

Á vista de esto, ¿será posible que formemos proyectos de fortuna y de elevacion; que alimentemos nuestro corazon con mil esperanzas halagüeñas;

que tomemos á tanta costa infinitas medidas para proporcionarnos un instante de felicidad; y nunca demos un solo paso para conseguir la que es eterna? Es este un furor de que no se creeria al hombre capaz, si la experiencia no nos lo enseñase diariamente.

Ademas, ¿y aun este instante de felicidad está exento de zozobras? Las sospechas, la envidia, los temores, las agitaciones eternas é inevitables en los grandes empleos, la suerte diaria de las armas, el favor de los concurrentes, lo incómodo de las consideraciones y de las intrigas, los caprichos de aquellos de quienes se depende; tantos contratiempos que sufrir, y el vacío mismo de las prosperidades temporales que desde lejos excitan y atraen el corazon, pero que experimentados de cerca, ni pueden fijarle, ni satisfacerle; ¿Hay por ventura felicidad que todo esto no turbe y altere? Y aquellos á quienes considerais como los bienaventurados del siglo, lo son acaso siempre en su propio entender? ¡Ó, Señor, ! á quien únicamente corresponde la gloria y la grandeza; ¿no comprenderá

nunca el hombre que sin vos no hay para él felicidad duradera y tranquila? Que todo cuanto agrada en este mundo al corazón no puede satisfacerle; que la gloria y los placeres no le conmueven sino casi en el momento que los precede; que las inquietudes y disgustos que los siguen, son avisos secretos que nos llaman á vos; y que aun cuando el hombre se pudiese prometer una fortuna pacífica, solo seria un vapor que desaparecería en un instante, pues que se le ve nacer, crecer, subir, extenderse y desvanecerse en un momento?

Y lo que aun es mas deplorable para vosotros, Señores, es, que en una vida tan dura, en empleos, cuyas obligaciones son algunas veces mas rigurosas que las de los claustros mas austeros, padeceis siempre en vano para la otra vida y frecuentemente para esta. Á lo menos el solitario en su retiro, precisado á mortificar su carne y á sujetarla al espíritu, está sostenido por la esperanza de una recompensa segura, y por la unción secreta de la gracia que dulcifica el yugo del Señor. Pero á la hora de la muerte,

¿os atreveréis vosotros á presentar á Jesucristo vuestras fatigas y los disgustos diarios de vuestros empleos, y á pedir por ellos una recompensa? Que es lo que él ha debido admitir en cuenta de todas las violencias que os habeis hecho? Sin embargo los dias mejores de vuestra vida los habeis sacrificado á vuestra profesion, y diez años de servicios han acabado mas vuestro cuerpo que toda una vida de penitencia. ¡Ó! hermanos míos, un solo día de estos sufrimientos consagrado al Señor, os hubiera quizá valido una felicidad eterna; una sola acción penosa para la naturaleza que se hubiese ofrecido á Jesucristo, os hubiera quizá asegurado la herencia de los santos, y habeis hecho tantas inútilmente para servir al mundo.

¡ Ah! la molición y la ociosidad de los habitantes de las ciudades los condenarán; pero vosotros Señores, lo seréis por el mal uso de vuestros trabajos y de vuestras fatigas. ¡ Pues que! os privais de una parte de vuestro descanso, de vuestros placeres y aun de vuestras mismas necesidades, cuando se trata del cumplimiento

de vuestras obligaciones; pues lo que queda ya que hacer para la salvacion, nada cuesta; soportad estos trabajos con una fe cristiana, ofrecedlos á un Dios justo como el precio de vuestras iniquidades; y puesto que es preciso sufrirlos, que sea con mérito. Si el príncipe no os corresponde, á lo menos Dios no os faltará, y este es un recurso que podréis asegurar contra la mala fortuna, y vuestros servicios nunca serán perdidos como del otro modo; de manera que el fruto de la guerra, lo será para vosotros de paz y de eternidad.

Asi es, Señor, como vuestra ley se justifica ante los hombres; como pareceis justo en vuestros juicios; y como en el terrible dia de vuestras venganzas os serviréis de la vida dura y laboriosa de un militar para confundar la flojedad de un mundano y sus disculpas por lo difícil que es el cumplimiento de vuestros preceptos, y por otra parte el amor de los placeres en el mundano condenará el poco uso que el militar ha hecho de sus padecimientos. Ved pues, Señores, como puede ser un recurso de gracia la ambicion misma.

¿Pero como componer, me diréis, esta reputacion de valor indispensable en la profesion de un militar con la dulzura y humanidad cristiana? Mas, Señores, que es el valor? Es acaso una altivez de temperamento, un capricho del corazon, una fogosidad que solo se halla en la sangre, un deseo vehemente mal entendido de gloria, una temeridad de mal gusto, una cortedad de ánimo que se crea alegremente los peligros por tener la gloria de vencerlos y arrastrarlos? Que siglo recibió jamas sobre esto mayores desengaños que el nuestro? Cual es el gusto de los hombres honrados sobre lo que constituye el verdadero valor! La prudencia, la circunspeccion y la madurez no tienen acaso una gran parte? Cual ha sido el carácter de los grandes hombres que han estado en este siglo al frente de nuestros ejércitos, y cuyos nombres estimais tanto todavía? Por que camino han subido los Turenas, los Condés, los Crequys al último grado de gloria y de reputacion, mas allá del cual está defendido llegar ni aun siquiera pretender? El sabio y valiente general á

quien debe esta provincia su seguridad, y lo demas del reino la paz y la abundancia, de quien recibis como gefe que es vuestro, las órdenes inmediatas, y teneis la honra de combatir bajo su nombre y estandartes, ¿se ha abierto el camino de la elevacion en que se halla, por la eleccion del príncipe y la dicha de la nacion, por medio de un valor indiscreto y temerario? Y la prudencia, que le es como innata, ha deslucido jamas en algo su mérito, ó perjudicádole en su fortuna?

El caso es que nos formamos ideas equivocadas de las cosas. El valor indiscreto deja de ser una virtud; y aquel noble ardor que en medio de las batallas es generosidad y grandeza de alma, fuera de allí, es rusticidad, temeridad y falta de talento. ¿Pero que idea, me diréis, se forma en los ejércitos, de un hombre que pasa por devoto? Pues que Dios mio, seria una gloria servir á los reyes de la tierra, y una bajeza y humillacion el seros fiel; ¿y habria por ventura, en otro tiempo, en los ejércitos de los emperadores paganos solda-

dos mas intrépidos en los peligros, que los cristianos? Sin embargo, Señores, eran gentes que en medio de la licencia de las tropas tenian señaladas sus horas para la oracion; pasaban algunas veces las noches en alabar, estando todos juntos, al Señor; y al salir de una accion de guerra sabian muy bien ir al cadalso y derramar su sangre en defensa de la fe, sin dar la menor señal de queja.

Verdad es que no debe exigirse de vosotros aquella piedad tímida y tierna, ni toda la atencion y fervor de las personas retiradas, que libres de toda obligacion para con el mundo, solo se ocupan en las cosas de Dios. Pero aquella rectitud de alma, aquel noble respeto á vuestro Dios; aquel fondo salido de la fe y de la religion; aquella exactitud en las obligaciones esenciales del cristiano, la cual es de buen gusto; aquella probidad inalterable y tan querida y estimada de las gentes honradas; aquella superioridad de entendimiento y de corazon que hace menospreciar la licencia y los excesos, como poco dignos aun de sola la razon ¿quien podrá dispensaros de

tener todas estas cosas , y en que juicio cabe el avergonzarse el que se le acuse de ellas ?

Creedme, Señores, la religion fortifica el alma lejos de debilitarla; porque se teme algo menos la muerte, cuando hay tranquilidad acerca de sus consecuencias. Una conciencia pura, que nada altera, vé el peligro con serenidad, y lo arrostra con valor cuando la obligacion le llama á ello. Nada iguala la santa altivez de un corazon que combate en presencia de Dios, y que al vengar la causa de su príncipe, honra al Señor y respeta su poder en el de su soberano.

En efecto, la piedad es ya por sí misma una grandeza de alma, y nada nos parece tan heróico, ni tan digno del corazon, como este imperio que el hombre bueno tiene sobre todas sus pasiones. ¡Que cosa mas grande que verle tener continuamente su alma en la mano, por decirlo asi, arreglar sus acciones, medir sus movimientos; no hacer nada que sea indigno del corazon, dominar sus sentidos, atraerlos al yugo

de la ley, detener la propension de una naturaleza siempre rápida hácia el mal; ahogar mil deseos lisonjeros, mil esperanzas que divierten; mantenerse firme contra las seducciones del trato y la fuerza de los ejemplos; y siendo siempre dueño de sí mismo no permitir á su corazon bajeza alguna capaz de deshonrar á un heredero del cielo! Ah! No basta para esto una medianía; la gracia tiene sus héroes en nada inferiores á los que han sido admirados por los siglos que precedieron, y seguramente, el que sabe vencer sus enemigos domésticos, y que mucho tiempo ha está acostumbrado á despreciar lo mas gustoso que ofrecen los sentidos, no temerá los enemigos del estado, y expondrá con mayor gusto su propia vida con intrepidez.

Por otra parte, Señor, ¿cuando pareció que los hombres estaban mas desengañados que en el siglo presente, del antiguo error que hacia consistir el valor en menospreciar su religion y su Dios? Esta es hoy la suerte de los desgraciados, porque las obligaciones del cristia-

nismo hacen parte de los respetos del mundo culto, y á lo menos estan en uso las exterioridades de la religion.

Últimamente, los Moises, los Josués, los Davides y los Ezequias han sido grandes guerreros y grandes santos, héroes del siglo y de la religion; y los siglos cristianos han tenido sus Constantinos y sus Teodosios, terribles al frente de sus ejércitos, humildes y religiosos al pie de los altares. Nuestro príncipe que nada tiene que desear respecto á la gloria, ha juzgado que la piedad debia ser como el último escalon de ella; yendo diariamente á humillarse bajo el yugo de Jesucristo, inclinando una cabeza llena de señales de grandeza y de victorias; y que cuando su nombre y la fama de sus conquistas resuenen por todas partes desahoga su corazon ante el Todopoderoso, y gime en secreto por la desgracia de los pueblos y por las tristes consecuencias de una guerra tan gloriosa para él, en la opinion del mundo.

Derramad pues, ó Dios de los ejércitos, en el reinado de un príncipe tan

religioso sentimientos de fe y de piedad sobre estos guerreros armados por su causa. Bendecid vos mismo estos sagrados estandartes; dejad en ellos vestigios de santidad que en medio de los combates ayuden la fe de los moribundos, y aviven el ardor de los combatientes, haciendo que sean las señales ciertas de la victoria; poned bajo vuestra proteccion esta tropa ilustre que os los ofrece en este templo; impedid que la ofendan los tiros del enemigo; servidle de escudo en los diferentes encuentros de la guerra, sostenedla con vuestra fuerza; poned á su frente aquel ángel temible que enviásteis en otro tiempo para exterminar los Asirios; haced que la victoria y la muerte la precedan siempre; comunicad á sus enemigos un espíritu de terror y de desaliento; y haced que las naciones zelosas de nuestra gloria conozcan su valor.

Pero no, Señor, pacificad mas bien los imperios y los reinos; calmad los ánimos de los príncipes y de los pueblos; conmoveos del lastimoso espectáculo que presentan las guerras á vues-

tra vista. Que los clamores y los lamentos de los pueblos suban hasta vos, y la desolacion de las ciudades y provincias enternezca vuestra clemencia; desarmen vuestro brazo, tanto tiempo ha levantado contra vosotros, el peligro y la pérdida de tantas almas; y al fin os hagan mirar con piedad vuestra iglesia ofendida con tantas profanaciones como los ejércitos cometen siempre. Oid los gemidos de los justos, que conmovidos de las calamidades de Israel os dicen todos con el profeta; Señor, habíamos esperado y todavía no nos ha llegado este bien; creíamos que habia llegado el tiempo del consuelo, y estamos aun rodeados de trastornos y desórdenes.

Permitid cristianos que os diga por conclusion, que nuestros pecados son los que nos han acarreado estos castigos del cielo. Las guerras, las enfermedades y los demas males que experimentamos, son señales seguras de la ira de Dios contra nuestros desarreglos. En vano gemimos por las desgracias del tiempo y por el descaecimiento de nuestras familias; lloremos por nosotros mismos,

calmemos la ira de Dios con la mudanza de nuestras costumbres, restablezcamos en nuestros corazones la paz de Jesucristo; apacigüemos nuestras pasiones y nuestros enemigos domésticos, y bien pronto verémos la Europa sosegada; los enemigos de la Francia en paz, restablecida esta en todas partes, y á este reposo de la tierra, sucederá el eterno. Amen.